

DIETRICH VON HILDEBRAND

¿Qué es filosofía?

Encuentro
Ediciones E

Título original
What is philosophy

© Alice von Hildebrand

© 2000
Ediciones Encuentro, S.A.

Traducción
Araceli Herrera

Diseño de la colección: E. Rebull

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Cedaceros, 3-2º - 28014 Madrid - Tel. 91 532 26 07

INTRODUCCIÓN

Si consideramos la filosofía que predomina generalmente en las universidades de hoy, quedaremos sorprendidos por el triste papel que muchos de los propios filósofos le encomiendan.

Estamos pensando en filosofías positivistas y relativistas de todo tipo, el positivismo lógico, el sensismo empirista y similares. Y en todos aquellos profesores de filosofía que consideran la ciencia como algo incomparablemente superior a la filosofía, que tienen dificultad para probar que la filosofía tiene derecho a existir, que en realidad traicionan su verdadera naturaleza y su papel.

Reducido a su esencia, el credo filosófico de tales hombres, positivistas lógicos y semanticistas, por ejemplo, equivale a una negación de la filosofía. En ocasiones esta negación consiste en restringirla al papel de mera sirvienta de las ciencias. A veces implica la disolución de la filosofía y la cesión de su objeto a la ciencia. De este modo, la ética queda convertida en un asunto antropológico o sociológico o, incluso, en campo para el psicoanálisis. La epistemología y la estética se interpretan como partes de la psicología experimental. Y, por supuesto, se niega absolutamente la metafísica.

La característica más sorprendente de los hombres que crecen en este clima filosófico, si se los compara con los relativistas y escépticos de épocas anteriores, es su actitud hacia la ciencia. El escepticismo de los sofistas griegos se extendía coherentemente a todo conocimiento, tanto filosófico como científico (en la medida en que podemos hablar de un conocimiento científico como distinto del conocimiento filosófico en el siglo V a. de C.). Aun

cuando los sofistas negaban la verdad objetiva, concedían a la filosofía un papel decisivo y supremo. Era ella quien daba su veredicto sobre toda clase de conocimientos; por negativo que pueda haber sido su contenido, reclamaba ser la reina de la esfera del conocimiento.

Si examinamos las filosofías relativistas o escépticas de otros tiempos nos encontramos con que no rehusan otorgar a la filosofía un papel importante. No manifiestan inclinación alguna a favor de la ciencia y en detrimento de aquélla. Incluso el escepticismo de Hume estaba dirigido tanto contra la ciencia como contra la filosofía.

Hoy, por el contrario, hay un respeto ilimitado por la ciencia y una fe inquebrantable en ella precisamente por parte de los mismos filósofos que niegan la verdad objetiva y profesan, en cuanto filósofos, un completo subjetivismo y relativismo. A diferencia de los escépticos de épocas más antiguas, tienen complejo de inferioridad respecto al papel y la importancia de la filosofía. Lo que curiosamente no les impide mostrar una actitud arrogante, snob, hacia todos los temas actuales de la filosofía, hacia las realidades metafísicas, así como hacia la moral y la religión.

Pero al mismo tiempo consideran la ciencia como algo incomparablemente superior, algo en modo alguno afectado por la negación de la verdad objetiva que ellos profesan. ¿Cuáles son las razones de esta sorprendente actitud?

En primer lugar, estos hombres, aunque se llamen a sí mismos filósofos y sean reconocidos como tales por sus contemporáneos, han abandonado el método mismo de la investigación filosófica. De hecho, el positivismo en sus diversas formas no es una filosofía errónea, por la sencilla razón de que no es filosofía en absoluto. El positivismo pide prestados los métodos de determinadas ciencias para tratar temas filosóficos. Métodos y enfoques que son legítimos e, incluso, los únicos adecuados en determinadas ciencias, son aplicados al análisis de temas filosóficos para los cuales son absolutamente inadecuados.

Hay muchas filosofías erróneas, por ejemplo el idealismo subjetivista o el psicologismo solipsista, que, no obstante, pueden reclamar el nombre de filosofía porque, a pesar de sus errores, son el resultado de la especulación, la construcción y la argumentación filosóficas. Pero el rasgo característico del positivismo

es que intenta tratar temas filosóficos de una manera radicalmente afilosófica. Aborda los datos de la moral, de la belleza en el arte y en la naturaleza, de la vida espiritual de la persona humana, del querer libre, del amor y del conocimiento de un modo que impide desde el principio todo contacto con esos datos y lleva ineludiblemente a pasarlos por alto y a reemplazarlos por otros.

Caigamos en la cuenta de que todos los seres no están en un mismo nivel, de que una clase de objetos puede diferir enormemente de otra y de que debemos recurrir a «órganos» intelectuales enteramente diversos, adecuado cada uno de ellos a la clase de objetos en cuestión, si queremos captar la existencia y naturaleza de los muchos y variados seres que se dan en la experiencia.

Ciertos hechos y datos son fácilmente accesibles y pueden ser captados por cualquiera con tal de que al abordarlos no esté distraído o sea un descuidado. Así, podemos esperar confiadamente que cualquier persona normal pueda contar correctamente el número de personas que hay en una habitación. Asimismo podemos esperar que un hombre sea capaz de darnos la respuesta correcta sobre el resultado de un experimento químico con tal de que haya aprendido cómo realizarlo.

Pero obviamente no podemos esperar que de la misma manera cualquier persona sea capaz de informarnos de la diferencia entre la pureza y la ausencia de instintos sexuales, o entre las experiencias de una prohibición moral y de una inhibición psicológica, o entre algo meramente triste y algo trágico. Sería ridículo esperar una respuesta verdadera, una respuesta que se corresponda con la realidad, de una persona que simplemente está atenta y es fidedigna. Tales requisitos no son aquí suficientes. La persona en cuestión debe emplear otros «órganos» intelectuales para captar los objetos sobre los que preguntamos. Más aún, debe tener el coraje intelectual de ceñirse en su respuesta a lo que ha captado, y debe tener talento filosófico para expresar y formular su descubrimiento adecuadamente.

Para saber el número de glóbulos rojos y blancos que hay en una muestra sólo hace falta mirar a través del microscopio y contar con cuidado. Describir un tejido a través de un microscopio o realizar un experimento químico está también dentro de las capacidades de una persona metódica, atenta; desde luego que puede

seguir adelante. No se necesita una intuición especial ni un entendimiento peculiar y aún menos una *prise de conscience* filosófica.

Si esperamos que la diferencia entre una prohibición moral y una inhibición psicológica se ponga de manifiesto del mismo modo que el número de glóbulos rojos de una muestra o el número de personas que hay en una habitación, jamás la descubriremos. Tenemos que darnos cuenta de que una gran parte de la realidad, y no por cierto la parte menos importante, se nos manifiesta únicamente de una manera por completo diferente de aquella en la que son accesibles objetos tales como el número de corpúsculos o la estructura de un tejido. Para captar estas otras realidades, para consignar verdades sobre su existencia y naturaleza, debemos activar, por así decir, otro resorte intelectual.

Ernst Mach hizo un *sketch* humorístico en el que se representaba a sí mismo buscando su «ego». Dijo que, después de observar sin prejuicio alguno todo lo que de sí mismo se le había manifestado, no pudo hallar el «ego», sino tan sólo su cuerpo. Éste es un símbolo del modo en que los positivistas abordan cuestiones filosóficas.

El positivista considera fiable, serio y sistemático únicamente aquel conocimiento que posee el carácter de mera observación. No sólo identifica conocimiento sistemático y crítico con conocimiento científico, sino que incluso utiliza exclusivamente una parte del conocimiento científico, a saber, la pura observación empírica, viendo en ella el patrón del conocimiento como tal. Muchas cosas que en su acercamiento ingenuo al ser, en su experiencia existencial, se le dan del modo más inmediato e indubitable, quedan excluidas como aspectos meramente subjetivos, como ilusiones, tan pronto como el positivista las sitúa bajo el «microscopio» de un supuesto análisis intelectual sobrio, realista, serio. Si se admite este modo de abordar la filosofía, se entiende la exclusión que lleva a cabo el positivista de estas realidades. Sin embargo, debemos caer en la cuenta de que este análisis intelectual, que se arroga a sí mismo el nombre de filosofía, es en realidad una copia mala de ciertos métodos esenciales para la ciencia, pero que suponen un modo de acercamiento que nos obliga a mirar en una dirección en la que aquellos datos elementales jamás se encontrarán. Desde su mismo inicio este modo de acercamiento restringe lo dado como tal a un cierto tipo de accesibi-

lidad. Erige un determinado marco y niega sumariamente la existencia de todo lo que no se encuentre dentro de ese marco.

El positivista confunde este tipo de accesibilidad, esta forma de verificación tangible, con la evidencia. Pasa por alto el hecho de que algo puede estar dado inequívocamente, puede tratarse de un hecho presupuesto continuamente y que, sin embargo, no pueda ser sometido a este modo tangible de verificación. La evidencia intrínseca de ciertos principios, de la existencia de valores morales, de la diferencia entre un complejo de inferioridad y la humildad, de la diferencia entre mente y cerebro, no se ve en modo alguno alterada por el hecho de que todas estas realidades no puedan reconocerse por la mera, pura observación, sino que tengan que ser «comprendidas». Presuponen la actualización de otro «órgano» intelectual distinto del que se precisa para las cosas que pueden verificarse mediante observación directa, tangible.

La filosofía implica esencial y necesariamente la activación de este «órgano» espiritual más elevado, y las realidades que constituyen el verdadero objeto de la filosofía únicamente pueden ser verificadas de un modo que, lejos de ser inferior al tangible, lo supera incomparablemente por su certeza y evidencia.

De la mano de este modo de investigación y conocimiento afilosófico o antifilosófico se llega a la reducción de una cosa a otra que mencioné en los Prolegómenos de mi *Ética*¹. La fórmula «no otra cosa que», que puede ser legítima y adecuada en la ciencia, es un absurdo carente de sentido si se aplica a los datos inteligibles que son el dominio particular de la filosofía. La principal característica del positivismo, que no es tanto una filosofía como una pseudofilosofía, es la aplicación de la fórmula «no otra cosa que» a todos aquellos datos que constituyen los temas clásicos de la filosofía. De esta manera los reduce a los seres que son competencia de las ciencias.

Que algunos que se atribuyen a sí mismos el nombre de filósofos hagan de la filosofía un paria intelectual puede explicarse en parte, por consiguiente, por su abandono de una verdadera aproximación filosófica en favor de un método empírico de mera observación. Pero hay una segunda razón por la que estos hombres consideran la filosofía como un paria que debe mendigar las

¹ Cf. Dietrich von Hildebrand, *Ética*, Ediciones Encuentro, Madrid 1983, pp. 13-30.

migajas de la mesa de la ciencia. La mayoría de ellos están muy pobremente dotados como filósofos. Carecen de los talentos y dotes indispensables a un verdadero filósofo. Esto no quiere decir que carezcan de inteligencia. Al contrario, algunos de ellos, especialmente los lógicos y semánticos, poseen un tipo muy refinado de inteligencia formal. Poseen una agudeza mental y una agilidad afines a las requeridas por los matemáticos. Pero carecen completamente de las capacidades específicamente filosóficas. Como dijo una vez Maritain muy acertadamente, la diferencia principal entre una filosofía y otra parece estribar en esto, a saber, si el pensador particular ve ciertas cosas o no las ve.

Descubrir en una *prise de conscience* filosófica aquellos datos que no son accesibles a la mera observación, aunque se den inmediatamente con mayor certeza, ahondar en los misterios del ser, tener el coraje de aferrarse tenazmente a los datos obtenidos en la experiencia prefilosófica, y penetrar en estos datos haciendo justicia a su naturaleza, éstas son las dotes específicamente filosóficas. En vano las buscaremos hoy día en el profesor medio de filosofía.

No obstante, al encarar la situación intelectual contemporánea, nos vemos enfrentados con una paradoja. Por un lado, la filosofía está desacreditada debido al lugar pobre y modesto que el filósofo medio tímidamente le concede. Por otra parte, vive en el alma del hombre moderno una sed apasionada por las verdaderas respuestas a los problemas filosóficos reales.

La pseudofilosofía positivista, relativista y nominalista obtiene más y más influencia como filosofía oficial en los *colleges*, llegando a implantar en la mente del hombre medio una actitud de reverencia excesiva hacia la ciencia. Paradójicamente se provoca un creciente malestar y añoranza de verdadera filosofía por el hecho de que esa «filosofía» ignora sencillamente todos los problemas vitales del hombre, su vida como ser personal, su felicidad, su destino. Cosa que es provocada por el carácter no realista, no existencial e insípido de esta «antifilosófica» filosofía.

Esta pseudofilosofía, en la que la ciencia ocupa el lugar de la metafísica y de la religión, va corroyendo más y más la vida del hombre, haciéndolo cada vez más ciego al cosmos real en toda su plenitud, profundidad y misterio. Encarcela al hombre en un universo privado de su verdadera luz, de los aspectos que dan sentido a todas las cosas, como son bueno y malo, verdadero y falso, correcto e incorrecto; le encierra en un universo deshuma-

nizado, reducido a un «laboratorio», despojado de todo color, un universo en el que todas las realidades importantes y básicas de una vida humana personal son ignoradas, derrocadas o negadas. Hoy día somos testigos de una sublevación interior contra la deformación expresada en esta pseudofilosofía, una sublevación que se manifiesta dramáticamente.

El gran número de suicidios, mayor que en cualquier otro periodo de la historia, la gran cantidad de enfermedades mentales, el espantoso aumento de la delincuencia juvenil, todo ello revela de manera elocuente la interior sublevación contra el positivismo, con todo su hastío metafísico y un embotamiento sofocante. Nunca la necesidad de una verdadera filosofía fue más urgente; y «verdadera» quiere decir: en primer lugar, una genuina filosofía en vez de una filosofía que ha abandonado el verdadero carácter del conocimiento filosófico y, en segundo lugar, una filosofía que en su contenido haga justicia a la realidad. Nunca fue más la filosofía una necesidad vital, porque nunca antes el acercamiento ingenuo del hombre al ser había sido tan corroído por una pseudofilosofía que hace de la ciencia un fetiche.

Cualquiera que pueda haber sido la filosofía de una época anterior y su concepción del amor, por ejemplo, nunca antes los hombres han negado en su vida la realidad del amor entre hombre y mujer, nunca los poetas han cesado de cantarlo y alabarlo. Únicamente ahora aquellas teorías, al reducir el amor a un instinto sexual sublimado, comienzan a corroer el acercamiento vital al amor. No sólo el amor, sino la verdad; no sólo la verdad, sino la belleza, el arte, la autoridad y la felicidad, han empezado a marchitarse gracias al corrosivo influjo de teorías que los confunden con otras cosas o los niegan directamente porque no son accesibles a la mera observación y «verificación empírica por parte de una comunidad de observadores neutrales».

No decimos, sin embargo, que hoy haya una carencia de filósofos en el verdadero y pleno sentido. En el pasado reciente, pensadores como Bergson, Husserl, Scheler y Blondel han demostrado elocuente y magníficamente que el caudal de la verdadera filosofía no se ha secado. Este caudal, que corre profundo a través de todos los siglos, aparece también en estos hombres. Asimismo, incluso si no tenemos en cuenta a los representantes de la filosofía cristiana ni a todos aquellos en los cuales vive el espíritu de la *philosophia perennis*, si prescindimos de aquellos

que tratan constantemente problemas clásicos y enriquecen la conquista filosófica del ser con intuiciones ricas y valiosas (estamos pensando en un Marcel), incluso entonces, nos encontramos con que aquellos pensadores contemporáneos que tratan temas filosóficos de modo filosófico merecen el título de filósofos. Por ejemplo, las obras de Heidegger, cualquiera que sea el mérito de su contenido, manifiestan un método filosófico real. Carecen enteramente de timidez respecto al papel de la filosofía en su relación con la ciencia. La filosofía mantiene su puesto soberano y se atreve a tratar problemas filosóficos y metafísicos fundamentales. Sobre todo, ponen plenamente de relieve la vitalidad y el papel predominante de los problemas filosóficos para el hombre.

Este libro está dedicado a la rehabilitación de la filosofía. Trata de explicar con detalle la verdadera naturaleza del conocimiento filosófico, el verdadero objeto de la filosofía, su dignidad epistemológica y su vitalidad existencial. También esperamos que pueda llegar a ser un arma eficaz para derribar la fortaleza de los que hacen un fetiche de la ciencia, y sirva para volver a abrir las puertas al auténtico universo, al cosmos en toda su altura, anchura y profundidad.

Este libro pretende exponer el papel clásico de la filosofía en la vida del hombre. El autor se da plena cuenta de la oposición que el libro va a encontrar. Prevé las sonrisas irónicas en los rostros de muchos positivistas, que considerarán este trabajo como expresión de una mentalidad obsoleta y reaccionaria. Espera ser condenado por aquellos que rinden culto a la ciencia, que considerarán este libro anacrónico, ingenuo y acientífico.

Con este libro arrojo consciente y gratamente el guante a la arena. Soy plenamente consciente de la insuficiencia de mis contribuciones en comparación con la profundidad y grandeza del tema, y no me hago ilusiones de que este libro pueda hacer plena justicia a la enorme tarea que carga sobre sí. Estoy, sin embargo, convencido inquebrantablemente de la necesidad imperativa de dar cumplimiento a la importante y oportuna tarea de rehabilitar la filosofía y de declarar la guerra al positivismo y al relativismo.

Lo malinterpretaría quien viera en este libro rebelión alguna contra la ciencia como tal o cualquier falta de respeto o de pleno reconocimiento de sus enormes y admirables logros en física, química, biología y medicina. No. La guerra no se ha de hacer contra la ciencia. Sería empresa fútil y ridícula. La guerra ha de

hacerse contra aquellos que consideran la ciencia como una especie de talismán mágico y se empeñan en tratar los temas de la filosofía de la misma forma en que proceden con toda legitimidad en la ciencia. La guerra ha de hacerse a la sustitución del auténtico análisis filosófico de aquellos temas que únicamente son accesibles al «órgano filosófico», por un método pseudocientífico. Decimos pseudocientífico, porque el mismo método que es adecuado en el marco de la investigación científica resulta inepto e inútil cuando se aplica a temas que por su propia naturaleza son inaccesibles a este método.

Ciertamente para convertir a un paladín del positivismo, del relativismo o del logicismo es preciso algo más que argumentos estrictos y pruebas convincentes. Desde el comienzo él mismo se sitúa fuera del ámbito de esta discusión. Su ceguera a la realidad le cegará también a la validez objetiva de nuestros argumentos y razonamientos inequívocos.

Pero todos aquellos que, aunque alimentados por estas pseudofilosofías y quizá infectados por ellas hayan, no obstante, conservado su «*anima naturaliter philosophica*», quienes todavía busquen respuestas que sólo la verdadera filosofía puede dar, pueden encontrar en este libro la liberación de los prejuicios del relativismo filosófico en combinación con el fetichismo de la ciencia.

A pesar de lo combativa que es esta introducción, debemos hacer hincapié, no obstante, en que el principal carácter de este libro no es ni apologético ni polémico. La rehabilitación de la filosofía se logrará mediante un análisis sobrio, plenamente objetivo, de su verdadera naturaleza y mediante la elaboración del verdadero carácter del conocimiento *a priori*, o, como nosotros preferimos decir, de las *veritates aeternae* —las verdades eternas—.

Este libro no se ocupa de polémicas o de refutar los errores de la pseudofilosofía de moda. Intuiciones puramente positivas respecto a la naturaleza del conocimiento filosófico serán las que desenmascararán a los traidores de la filosofía. Los principales contenidos de este libro son estrictamente positivos y el autor espera sobre todo haber aportado nuevas intuiciones al campo de la teoría del conocimiento que tengan valor e importancia incluso si se consideran al margen de la presente situación filosófica de descrédito de la filosofía y de necesidad de su rehabilitación.